



INICIATIVA LAICISTA

Edición 77 - Julio 2025

ISSN: 2735-6604



LA UNIVERSIDAD: ¿UN ESPACIO AÚN PARA PENSAR?

WWW.INICIATIVALACISTTA.COM

INICIATIVA LAICISTA N°77, junio-julio 2025

**LA UNIVERSIDAD: ¿UN ESPACIO AÚN PARA
PENSAR?**

El colegio es un espacio-tiempo en el cual se comparte un saber común. Hay individuos particulares, y cada uno tiene su familia, su historia, sus descubrimientos y sus problemas. Pero todos los estudiantes, a pesar de sus diferencias, pueden compartir un mismo saber. Porque los saberes, al contrario de las creencias y a los prejuicios, se pueden compartir al infinito. El saber, es lo que no excluye a nadie a priori.

Philippe Meirieu. Dakar, Facultad de las Ciencias y
Tecnologías de la Educación y de la Formación, 12-13 de
enero de 2023.

SUMARIO

EDITORIAL

Por Sylvie R. Moulin

EL DESAFÍO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR

Por Rubén Farías Chacón

LAS UNIVERSIDADES ¿CENTRO DEL PENSAR CRÍTICO?

Por Hernán Cortez

ENTREVISTA DE JOAQUÍN GIANNOTTI

LA UNIVERSIDAD ES UN NEGOCIO RENTABLE

Por André Grimblatt Hinzpeter

¿LA LIBERTAD DE PENSAR ESTÁ EN CRISIS?

Por Edgardo Hidalgo Callejas

LA INTOLERANCIA MATERIAL

Por Carlos López

EDITORIAL

LAS UNIVERSIDADES ¿TODAVÍA ESPACIOS PARA PENSAR?

Sylvie R. Moulin*



Podríamos iniciar esta reflexión como si fuera un cuento: “Érase una vez un mundo donde los estudiantes sabían por qué estudiaban y los profesores por qué enseñaban.” O su variante: “Érase una vez un mundo donde los estudiantes estaban felices de aprender y los profesores felices de enseñar.” Sin embargo... es una declaración que escucho con frecuencia, sobre todo en la boca de profesores que miran con nostalgia a los años de su propia formación y consideran que su experiencia pedagógica acaba siendo una frustración, o por lo menos no responde a sus esperanzas de juventud. Un poco como el famoso “ya no es lo que solía ser” que florece en las bocas maduras a cada momento al contemplar los cambios del mundo que les rodea. Pero no es tan simple.

Si observamos la evolución de las universidades desde la Antigüedad, consistían originalmente en centros de sabiduría donde se estudiaba la filosofía, la retórica, las matemáticas e incluso la medicina y la astronomía (por ejemplo, la Academia fundada por Platón en Atenas, o el *Pandidakterion* de Constantinopla, fundado el 425). Es principalmente en la Edad Media que aparece el concepto de “universidad”, primero en forma de corporaciones de maestros y alumnos, luego de instituciones que derivaban de las escuelas monásticas. La estructura ya se basaba en facultades tales como las conocemos ahora, y la enseñanza en la lectura, el comentario de textos y el debate.

Después de difundirse rápidamente en Europa, llegaron a América a fines del siglo XVI. Las primeras en Chile fueron la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino (1622-1747) y la Universidad de San Felipe, fundada en 1738 y renombrada posteriormente Universidad de Chile. Tenemos ahora 55 universidades, 29 “tradicionales” y 26 privadas, que exigen solamente para la inscripción, en la mayoría de los casos, que los estudiantes hayan rendido la PAES y que presenten la concentración de notas de Enseñanza Media.

En un mundo no solo en cambio continuo, sino en una evolución cada vez más rápida, los desafíos de las universidades se modifican permanentemente y deben adaptarse al entorno para satisfacer las necesidades de sus usuarios. Docentes y estudiantes tienen también que adaptarse, sacrificando a veces, en el caso de los profesores, las motivaciones originales que los llevaron a su puesto. Ahora bien, si nos preguntamos de qué sirven las universidades y si todavía son lugares para pensar, es porque los efectos de esa evolución a veces llegan a preocupar. ¿Cuál es su rol y cuál es su meta? Y a pesar de su papel multifacético, ¿seguirán siendo centros de investigación y de creación de conocimiento en los cuales se forman profesionales y agentes de cambio social?

Entonces decidí interrogar a Chatgpt, aplicación de inteligencia artificial utilizada sobre todo por estudiantes y profesores, pero también elemento de preocupación latente por muchos docentes. Le pregunté simplemente: “¿Las universidades todavía sirven para pensar?”, y comparto aquí su respuesta, tal cual, sin recorte ni elaboración adicional.

“La pregunta es provocadora y apunta a una reflexión crítica sobre el papel actual de las universidades.

Interpretaciones posibles:

1. **Crítica al utilitarismo educativo:**

Se podría estar sugiriendo que las universidades han dejado de ser espacios de pensamiento crítico y reflexión profunda, y se han convertido en centros de formación técnica o profesional, orientados más al mercado laboral que a la formación intelectual integral.

2. **Desconfianza en la autonomía intelectual:**

También puede aludir a una posible falta de libertad académica, donde el pensamiento libre se ve limitado por ideologías dominantes, intereses económicos o políticos.

3. **Defensa del ideal universitario:**

Alternativamente, la pregunta podría ser una llamada de atención para reivindicar el papel original de la universidad como espacio de pensamiento, debate, creación y cuestionamiento, más allá de su función técnica o económica.”

Luego Chatgpt ofrece 3 “respuestas” posibles - ya que la IA tampoco puede comprometerse, hacer un juicio de valor ni decidir por su usuario-, según la perspectiva que uno adopta:

- “**Sí, todavía son para pensar**, pero deben defender activamente ese papel frente a presiones externas.
- **No del todo**, porque muchas se han subordinado a intereses económicos, rankings y empleabilidad.
- **Depende del lugar y de la institución**, ya que hay universidades que aún cultivan el pensamiento crítico y otras que no.”

Bien. Al parecer, con eso no avanzamos. Sin embargo, avanzamos mucho, y esas líneas “robóticas” aclaran mi duda inicial, demostrando los límites de la IA o “Deep Learning”: en

respuesta a una consulta tal como la hice, puede exponer opciones, pero no puede sacar conclusiones ni tomar decisiones, dejando un espacio al pensamiento.

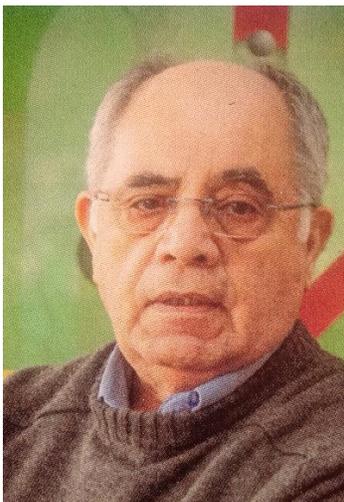
Para la corriente pedagógica definida como “utilitarismo educativo”, la educación se define en términos funcionales o instrumentales y su propósito es permitir a sus beneficiarios que obtengan beneficios prácticos y económicos. Este enfoque deja por supuesto de lado las disciplinas artísticas, la filosofía, la literatura, la sociología o la historia y privilegia las finanzas, la ingeniería o la informática, en extensión constante en los campus. Como riesgo, permitirá formar a profesionales que serán capaces de hacer cosas sin preguntar por qué y se adaptarán al mercado en el cual funcionan sin ser capaces ni querer cuestionarlo. Eso podría ser una de las razones por la cual los porcentajes de participantes en las elecciones están bajando dramáticamente en ciertos países... pero es otro tema. Además, esas disciplinas utilitarias dejan de lado la ética y la creatividad, haciendo perder a la educación su valor humanista, y por lo tanto, a más o menos largo plazo afectarán los valores democráticos y laicos de nuestra sociedad.

Noté recién, a la entrada de la Universidad Autónoma de Chile, un panel con ese lema: "Una universidad que investiga necesita estudiantes que pregunten ¿Por qué?" Y esto me levantó el ánimo porque abre perspectivas hacia el futuro. Una “casa de estudios”, a pesar de las modificaciones en sus métodos y recursos, sigue siendo un lugar que permite a uno desarrollar la libertad intelectual. Me atrevo a pensar que es su rol esencial, porque limitándose a la entrega de conocimientos, sin ayudar al discente a cuestionar lo dado ni a formarse un juicio propio, no tendría ninguna razón de existir. Las universidades son esenciales al funcionamiento correcto de la democracia, nos evitan de caer en el dogmatismo y la resignación. Deben permanecer como lugar de desarrollo del ser humano, de transmisión del conocimiento, de estimulación del pensamiento crítico y de la búsqueda de sentido, para que el estudiante se convierta en un sujeto de transformación social.

** Profesora, traductora y escritora. Doctorado en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, Master en Civilización Latinoamericana y Master en Literatura Comparada, Universidad de Paris IV-Sorbonne. Docente por 12 años en Estados Unidos. Autora de varios libros de crónicas y cuentos.*

**EL DESAFÍO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR:
de la vorágine actual
al acontecer de un incierto devenir**

Rubén Farías Chacón*



La idea principal de estas reflexiones es explorar el desafío que enfrenta la educación, en particular la universitaria, al intentar adaptarse y reaccionar frente a las rápidas y constantes transformaciones que afectan a la sociedad. Más que un repaso de la situación actual del ámbito educativo se trata de reflexionar sobre la importancia que este tiene en el desarrollo y futuro de las comunidades. Si bien la actualidad de este problema ha sido continua a lo largo de la historia, su impacto ha influido dependiendo de las particularidades culturales y contextuales de cada sociedad.

La universidad y su comunidad académica, conscientes de los riesgos derivados de las tensiones sociales que han emergido en diversas regiones del mundo y de sus posibles impactos, asumen la responsabilidad de intensificar el esfuerzo por promover una formación integral. Este enfoque educativo busca robustecer aún más a los futuros profesionales, preparándolos para entender mejor las contribuciones que cada campo del conocimiento puede brindarles. La meta principal es estimular el desarrollo del pensamiento crítico y potenciar las competencias necesarias para enfrentar, desde una base firme de principios éticos y morales, los retos actuales, sus perspectivas, las oportunidades disponibles y los desafíos desconocidos que pueda traer el futuro.

Sin embargo, es legítimo preguntarse, ¿es posible que la visión valórica de hoy “sirva” para enfrentar las vicisitudes del mañana?

El compromiso institucional no solo debe enfocarse en atender las necesidades del momento actual, sino también en impulsar la creación de conocimientos futuros y en establecer las bases relacionales que una nueva generación requiere para lograr un bienestar social equilibrado. En este contexto, los pilares actuales, diseñados para orientar la diversidad en las relaciones humanas, también deben adaptarse con miras a implementar políticas responsables, inclusivas, sostenibles y sustentables. Estas políticas deberían estar alineadas con una inspiradora visión de futuro, una perspectiva creativa y un auténtico compromiso con el entorno, tanto natural como cultural.

Aunque gran parte de lo señalado está aceptado en teoría, ¿realmente se manifiesta en la práctica? La crisis sociocultural expone las tensiones y desafíos que enfrenta la sociedad en cuanto a sus valores, su identidad y su cohesión. Ello evidencia las desigualdades que persisten, la fragilidad de algunas estructuras sociales y la imperiosa necesidad de ajustarse a un entorno en continuo cambio.



Este desafío resalta la necesidad de redefinir las prioridades colectivas y fomentar diálogos que permitan generar ideas adecuadas para enfrentar la complejidad del presente, garantizando que estas propuestas se traduzcan en acciones concretas y tangibles.

En este sentido, es recomendable:

- Fomentar el intercambio de ideas y la realización de estudios que promuevan una búsqueda constante de soluciones a los problemas que existen. En la iniciativa debieran participar todos aquellos interesados en compartir sus perspectivas y en escuchar con disposición a quienes tengan opiniones diferentes.
- Organizar la colaboración interdisciplinaria donde se promuevan encuentros orientados al análisis relacional de los problemas sectoriales. Para este caso, se trata de buscar e identificar las causas fundamentales de las crisis en los ámbitos y áreas complementarias involucradas. Además, debiera evaluarse las necesidades de la comunidad definiéndose compromisos y acciones concretas capaces de materializar los cambios que para estos efectos se propongan. Todo ello considerando el aporte propio de la universidad en términos de colaboración adicional a las políticas sectoriales de gobierno.

- Buscar el mayor nivel de consenso posible, reduciendo las diferencias y evitando que surjan divisiones. Para lograrlo, es fundamental fomentar una actitud crítica basada en la responsabilidad compartida.

Es relevante, pese a todo, recordar que la educación, y en particular la formación universitaria en sus distintos niveles no proporciona verdades absolutas ni soluciones definitivas. Lo que ofrece no son postulados únicos desvinculados del contexto histórico y cultural en el que se examinan, ni conclusiones inmutables, sino más bien un enfoque abierto a posibles cambios y adaptaciones que puedan surgir una vez concluido el proceso.

Aunque lo mencionado es válido, debe reconocerse que estas ideas se han implementado desde hace ya muchas décadas en el ámbito académico de las universidades. Los resultados, sin embargo, no siempre han sido positivos. Esto se debe en gran parte a las profundas desigualdades que han caracterizado y continúan caracterizando nuestra sociedad. El bienestar social, lejos de ser considerado un instrumento para armonizar la diversidad, ha sido visto como un elemento que la desequilibra, al poner en evidencia las diferencias entre quienes gozan de privilegios y quienes sufren la carencia de oportunidades.

Por otra parte, la realidad da cuenta de un constante deterioro en la calidad de las ideas y los contenidos que deberían sustentar y fortalecer los objetivos fundamentales del proceso de formación en cada una de sus etapas. Este hecho se ha manifestado durante décadas. Un ejemplo es el paulatino debilitamiento del pensamiento crítico, que va más allá de expresar opiniones o diseñar soluciones prácticas para ciertas circunstancias. Este tipo de pensamiento requiere una profundización intelectual más compleja. No obstante, su desarrollo no siempre se concreta, en especial cuando la atención se desvía hacia aspectos superficiales como la forma —es decir, cómo algo se presenta, expresa o representa— en lugar de concentrarse en el fondo, que alude a la esencia del contenido, su significado y las ideas fundamentales que sustentan sus argumentos.

Un aspecto que preocupa y que requiere mucha atención es el impacto adverso que surge al priorizar los intereses económicos por encima de las metas educativas, lo cual provoca diversos problemas. Además de perjudicar la calidad del proceso educativo, se ve comprometida la igualdad en el acceso a la formación. Este tipo de enfoques distorsiona la actividad esencial de la educación, que debe ser la piedra angular del desarrollo personal, social y creativo tanto para los individuos como para la sociedad en su conjunto.

La educación fortalece las capacidades individuales y dirige a cada persona hacia aquello en lo que se destaca y puede sobresalir. Es, en sí misma, la naturaleza principal del poder creativo, ya que impulsa las facultades personales y orienta la vida hacia lo que en verdad se es capaz de hacer y hacerlo bien. Pensar lo contrario, es decir, limitar estas potencialidades a fines productivos, implica alejarse del conocimiento, lo que conduce a la monotonía de tareas rutinarias que restringen el desarrollo de la inteligencia y la capacidad para encontrar

respuestas y soluciones a los problemas. De ser así, se corre el riesgo de perpetuar la ignorancia.

Ahora bien, no debe desconocerse que, en la actualidad, las actividades productivas de gran extensión, aceptadas e intercambiadas son el resultado de los avances en ciencia, tecnología y de las capacidades de miles de personas que a través del tiempo han realizado labores de todo tipo enriqueciendo la calidad de lo producido. Tales conocimientos, en algún momento, fueron enseñados, aplicados y jugaron un papel clave en el desarrollo que hoy presenciamos.



Esto evidencia, por lo tanto, que el acto de trabajar y producir es una prioridad, en cuanto a que para su logro el primer “trabajo” fue el estudio de procedimientos y específicas aplicaciones que respondieron de manera constante a satisfacer las necesidades del progreso nacional. Su implementación, así como la participación de quienes poseen experiencia en estas funciones, ha sido y será indispensable. Además, es fundamental entender

también que estas actividades están condicionadas por factores como los períodos de tiempo, la efectividad de la incorporación tecnológica, las posibilidades de transacción, los intercambios y los acuerdos políticos, los cuales siempre se pueden alcanzar con voluntad para hacer el bien y con buenas intenciones para que resulten bien.

Lo expuesto hasta ahora evidencia la realidad a la que se enfrenta la comunidad nacional, caracterizada por una gradual y cada vez más rechazada estratificación social que da lugar a desiguales estilos de vida. Esta brecha se hace efectiva entre quienes detentan el poder en áreas como la economía, la política, el ámbito empresarial, el nepotismo, la información, los medios de comunicación y una ciudadanía que advierte las posibles consecuencias de esta situación si no se logran consensos entre los distintos sectores en pugna.

En estos contextos sociales dinámicos, emergen diversas y activas relaciones de conocimiento, originadas en las múltiples perspectivas del mundo y sus variadas manifestaciones. Estas relaciones abordan los misterios de la existencia y los enigmas relacionados con la vida, el ser humano, su inteligencia, su entorno natural, su dimensión subjetiva, así como su producción intelectual y cultural, entre otros aspectos. Esta dimensión tampoco permanece ajena al ámbito universitario. Por el contrario, aunque no siempre representa áreas de gran rentabilidad, su importancia radica en la futura revelación de hechos actualmente en proceso de investigación. Dichas investigaciones, mediante sus análisis y comprobaciones, posiblemente generarán respuestas a cuestiones que hasta hoy mantienen la esencia humana envuelta en el misterio. Desde esta perspectiva, y considerando que la universidad se reconoce como un bastión del pensamiento, la reflexión, el estudio y la investigación, no escapa a la influencia de las complejidades derivadas de los procesos de desarrollo y las condiciones socioculturales de las comunidades a lo largo del tiempo.

Entre lo dicho y las realidades que enfrenta la sociedad, se percibe un cambio de la visión de la vida que nos lleva a horizontes impredecibles. En el contexto de la vida cotidiana actual, esto adquiere un significado diferente, transformando la crítica institucional en un pretexto impregnado de hostilidad, algo que contradice la esencia misma de lo que simboliza una universidad. Menospreciar ciertas ramas del conocimiento alegando su aparente irrelevancia demuestra una actitud discutible por parte de quienes sostienen tal postura, especialmente si carecen de argumentos sólidos que respalden dichas opiniones.

El cambio que se observa con frecuencia, aunque no se le ha otorgado la importancia que merece, es la limitada comprensión, hasta ahora conocida, del profundo impacto generado por el relevo generacional que lo acompaña. Tal hecho adquiere una especial relevancia al considerar las transformaciones graduales en las formas de pensar y actuar entre una generación que emerge y aquella que se encuentra en proceso de retirada. Esta nueva realidad, a menudo asimilada de manera inconsciente como una consecuencia natural del progreso, de lo juvenil y lo novedoso, oculta lo que en verdad sucede: la implantación de un estilo de vida que, hasta ahora, ha provocado una fractura entre ambas perspectivas de existencia.

A lo largo de la historia de la humanidad, es difícil encontrar extensos períodos caracterizados por un desarrollo pacífico. Ello no se refiere solo a la ausencia de conflictos bélicos, sino también a la evolución política, sociocultural y económica, en la que todavía persisten comunidades sumidas en la pobreza extrema. Este panorama, sumado a lo señalado hasta ahora, refleja una preocupación seria por un presente marcado por tensiones internacionales que afectan distintas regiones del mundo. Los problemas de política internacional, que ya han deteriorado la frágil armonía hasta ahora conocida, se agravan aún más cuando la educación se debilita. Esta situación afecta, de manera especial, a países cuyos pueblos carecen de sistemas formativos capaces de prepararlos para enfrentar estas lamentables realidades.

En este ámbito, resulta fundamental subrayar que la libertad académica es un pilar esencial que garantiza a docentes, investigadores y estudiantes la posibilidad de ejercer con plena autonomía su derecho a explorar, debatir y expresar sus ideas, sin miedo a represalias ni restricciones externas.



Se trata de un entorno donde la búsqueda del conocimiento y la verdad debe llevarse a cabo sin interferencias que obstaculicen el pensamiento crítico o frenen la capacidad de innovar. Promueve un intercambio abierto y libre de ideas, cuestionando normas que puedan vulnerar la libertad intelectual, pero respaldando el progreso integral de la formación personal, en atención al bien superior de la sociedad.

En este sentido, es importante que el lector entienda que la comunidad universitaria, al ser identificada por las particularidades mencionadas, no debe ser sujeta a ningún tipo de censura

que implique desconocer el legítimo derecho de sus académicos a estudiar e investigar realidades que puedan ser cuestionadas por quienes postulan otros puntos de vista. No obstante, esto es válido siempre y cuando dichas investigaciones no ocasionen conflictos personales ni generen situaciones que amenacen la convivencia social más allá del estricto ámbito universitario.

Es necesario, en consecuencia, revitalizar el papel esencial de las universidades como centros del conocimiento y creadoras de ideas que favorezcan el progreso y el bienestar social. Semejante aspiración surge del acto de estudiar y pensar, demostrando capacidades intelectuales identificadas en los distintos planos del quehacer social y de acuerdo con sus propios tiempos.

Lo anterior conduce a reflexionar que la libertad de pensamiento, como un derecho fundamental inherente a la persona, se manifiesta en la capacidad de concebir y expresar ideas propias sin estar sometido a imposiciones arbitrarias o injustas. Así, se permite a cada individuo decidir de manera autónoma si desea o no adoptar una ideología o creencia que se alinee con sus intereses personales y sus inquietudes existenciales.

Es deseable que, en medio de la intensidad de los tiempos actuales, surjan nuevas épocas que sepan apreciar la riqueza del conocimiento humano en toda su diversidad, promoviendo una convivencia fraternal tanto consigo mismo, como con los demás y con el entorno.

** Profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales de la Universidad Católica de Valparaíso, (UCV-1969); Licenciado en Filosofía y Educación, (UCV-1969); DEA y Doctorado en Geografía Aplicada de la Universidad de Alta Bretaña (1979), Rennes-Francia.*

LAS UNIVERSIDADES: ¿CENTRO DEL PENSAR CRÍTICO?

Hernán Alfredo Cortez-Monroy*



1

Las Universidades como toda institución construida de seres humanos está afectada por su tiempo y por aquellos requerimientos que tienden a centrar sus temáticas actuales y, a la vez, el sentido radical que admiten o pretenden entender como válidas o adecuadas. Por ahora, la ciencia, la ingeniería y la técnica, más que el arte u otras disciplinas, predominan en su aulas y en su laboratorios. Eso es innegable. Por lo menos, toda Universidad que se jacta de ser una universidad moderna y retadora. Desde la Educación a la Arquitectura, de los salones de arte a los estudios de historia, en fin, nada escapa a este vertiginoso centro de gravedad y de moda. Esto es archisabido y, por lo mismo, está atiborrado de artículos académicos de este tipo. Pretender decir algo contrario a lo que hoy se admite es contraproducente. Así, por ejemplo, ¿cómo era posible que Schopenhauer o Nietzsche se atrevieran hablar en contra de Hegel? Pues, en efecto, ¿quién se atrevería hablar en contra de los avances y desarrollos técnicos y científicos? ¿Quién se atrevería siquiera poner en tela de juicio las ingenierías o las ciencias económicas? Hoy eso es impensable.

La comprensión del mundo es distinta a la interpretación que cada cual puede dar de esa misma comprensión. El mundo es un mundo tecnificado. Cómo interpretemos ese mundo es otro asunto. Tal vez, Heidegger advirtió con gran claridad dicho vértigo y vórtice desde que el romanticismo racionalista o la ilustración instalaron predominantemente el sentido del ser técnico. De ahí en adelante, todo fue devorado como un agujero negro en su horizonte de eventos. La Física avanzó en sus nuevas y atrevidas propuestas. La Matemática renovó y replanteó sus axiomas y propuso nuevos paradigmas. Los algoritmos y las paradojas fueron

centro de discusión, y los son todavía. En fin. Hacer una lista de lo que ya se conoce pone en una replicación innecesaria lo que todos o casi todos, dentro de las mismas Universidades, conocen, admiten o aceptan sin más posibilidad que aceptarlas y aprenderlas. Aquél que se atreva a desafiar lo ahí entregado y admitido está llamado a ser desvinculado y criticado de forma excesiva. Si alguien, por ejemplo, enseña numerología o alquimia ha de ser rebajado, escarnecido y abandonado. De ahí que Isaac Newton, sea el caso, sólo fue reconocido por sus estudios de física, su alquimia, fue rápidamente ocultada y casi olvidada. Es, por cierto, la ley de la modernidad. Todavía más, la neuropsicobiología, la farmacología, la bioquímica, las neurociencias, el desarrollo de las inteligencias artificiales, entre otros conoceres de gran volumen y dominio, urgen y agravan el sentido de mundo. Física cuántica, informática, genética, entre otros. Y no es que ellas estén equivocadas, sino que no se permite meditar fuera de aquello que gira en torno a lo que el hombre ha de ser o debería ser o, por de pronto, en lo que se las ha cada uno en esa perspectiva y forma de tratar las cosas. Las Universidades son centros de estudios técnicos avanzados. Eso es evidente.



Por ahora, nada se puede hacer. Ni siquiera la literatura escapa a esta forma de pensar el mundo. Desde lo romántico a lo aterrador se vuelve técnica: es la técnica de lo ahí romántico o la técnica del terror. La psiquiatría o la neuropsiquiatría nos permite fantasear dentro de los llamados trastornos o de las condiciones neuropsicológicas. Todo está ya dicho. Desde el siglo XX al siglo XXI, y tal vez hasta el siglo XXII o más, será el hilo conductor de lo que es el contenido y los programas que constituyen las mallas o tejidos académicos dentro de las Universidades. Serán siglos de «nihilismo científico». Así como la religión occidental, especialmente el cristianismo, determinó el

mundo teológico por miles de años, y siglo tras siglo, desde sus inicios modestos del siglo II hasta el predominó del siglo X, más en los siglos XIII al XVIII, donde las dos espadas, Reyes y Papados, compitieron y conspiraron con acérrimo despotismo y hasta desproporcionada crueldad para los modernos del siglo XXI.

Hoy la religión no es más que una voluntad general que pretende ser poderosa, pero sólo lo es desde su situación económica y el populismo dogmático. Sus remedos de poder teologal se han vuelto también formas de construcción tecnificante y tecnificadora. No se trata de que lo ahí religioso haya dejado de existir, pues esa afirmación es realmente absurda, se trata de que ya no existe lo que en su tiempo fue y en lo que el espíritu humano abrazó, y del modo cómo lo abrazó. Sólo unos pocos tratan poéticamente de conservarlo y de revivirlo. No

obstante, algunas Universidades de orden católico, por ejemplo, con una cierta mirada lejana, y a veces hasta sensiblera y posromántica, siguen en ese camino de reconstrucción poética, más no profundamente originaria y práctica. La ciencia predomina como un aire enrarecido y avasallante. Es la niebla de Stephen King, la niebla de Miguel de Unamuno, la niebla de María Luisa Bombal. Pero no desde lo literariamente abierto y concertado, sino desde la «nadificación del ser».

2

Si la pregunta interroga por el pensamiento crítico que las y los estudiantes deberían formar o desarrollar dentro de las Universidades, está claro que está lejos de ser una verdad. Pues, en efecto, las reflexiones políticas y sociales se vuelven hacia la proyección científica y las inteligencias artificiales que dan cierta comodidad al estudio y a los desafíos de cada una de las profesiones impartidas. El «nihilismo científico», sin ser algo trágico o bien patético, es, sin duda, patológico. Es la patología del ser desde la nadificación de éste. La ciencia, por ahora, constituye el fundamento de las Universidades. Y muchos, sin pensar en ese ser que nos constituye desde nuestro origen, vuelven su mirada hacia lo fenoméricamente calculable y explotable. De este modo, por ejemplo, Russell, Skinner o Bunge proponían las nuevas fronteras de lo filosóficamente académico, y desde dónde el conocimiento universitario debía ser enseñado y problematizado. Un análisis que no critica sino que realmente condiciona y se vuelve garante de lo ahí tecnificado.

Si alguien pone en paralelo la teoría de Freire versus la de Piaget, no cabe duda de que muchos apostarán por el primero. Sin embargo, bajo las propuestas neurobiológicas, la idea de una psicología del desarrollo de Piaget es la que predomina inconscientemente. El tema de la libertad es menos aplicable que el desarrollo neurolingüístico y lúdico del aprendizaje. Y muchos se vuelven sobre esto último. Por tanto, hablar de un pensamiento crítico es aún una idea poco realista. Se confunde pensar crítico con opinión asertiva sobre lo que hemos de comprender por «realidad». No hay crítica, sino perfeccionamiento. No hay pensar sino modelamiento.

La nihilidad consiste en la pérdida de los valores y sentidos más humanistas posibles por sobre valores subjetivos que no tienen más validación que aquello que se tecnifica y se aplica. Las protestas no están en ganar mentes brillantes o profesionales a la altura, sino en responder a los aprietos económicos que acomodan y permiten mayor tecnificación o especialidad.



De esta manera los estudiantes desean aprender sus oficios, pero no por ello han de pensar en aquello que se ha de pensar. Incluso la Filosofía, como carrera universitaria, pierde su horizonte originario y más trascendental, para convertirse en diagramas, algoritmos y trozos de pensamiento. Y no me refiero a los filósofos en sí mismos, sino al modo cómo se enseña filosofía. Un academicismo reduccionista y licuado. No es pensar; es simplemente conocer.

No se trata, tampoco, de idealizar la Universidad. No se trata de afirmar lo que ella, tal vez, nunca logró del todo, pues sus comienzos están en las gremios y oficios en particular. De esta manera, la medicina o las técnicas se volvieron carreras indispensables. Conocer y controlar la naturaleza humana como también la naturaleza fuera de ella. Hacer Universidad no es lo mismo que pensar en la esencia de la Universidad. Hacer Universidad es dejar ser lo que está ahí ante los ojos y a la mano para ser lo que parece ser. Sólo eso. No se trata de develar el ser de lo vivo, sino controlar, calcular, modificar, explotar, replicar lo vivo. No se trata de sentir el peso del universo, sino de viajar y tomar terreno para ganar y vivir mejor. El imperativo moral es conservarse mejor en la vida y disfrutar de lo mejor de ésta. De esta manera, la física cuántica se ha convertido en la plataforma la computación cuántica o de la ficción moderna en vista de mejorar las experiencias de los usuarios y de los procesos de subjetividad económica más estable y condicionadora. Es una carrera que no tiene límites, pues niega cualquier límite posible. Y de esa manera, los profesionales se vuelven máquinas de conocimiento específico, de perfectibilidad, de rendimiento controlado y de mejoramiento socioemocional, disponiendo, modelando y replicando imaginarios vivaces y mediáticos, pero reduciendo la inteligencia libre y creadora en vista de procesos cognitivas y, al mismo tiempo, fenómenos emocionales condicionados y condicionadores.

No obstante, caer en pesimismo de ideas preconcebidas y arquitecturas ya articuladas de cierta manera, y conforme a la realidad de los seres humanos, es poco alentador. Por lo

mismo, el desafío se abre de manera descomunal: las Universidades son, en verdad, espacios para la reflexión y el pensamiento crítico. Pero ser un espacio tal no garantiza que sea un centro de ese mismo pensar. De ahí que algunas Universidades sí logran conquistar esos espacios, pero otras, en cambio, sólo quedan en espacios vacíos, aun teniendo la posibilidad de volverse sobre el pensar crítico. Depende mucho de sus direcciones y de sus académicos. Del poder que un colectivo pueda contener y reprimir algunas rectorías que a veces son contrarias o parecen contrarias al pensar libre y crítico, sino sólo arrogadas en vistas de la utilidad y de los altos proyectos económico-sociales que permiten capitalizar y garantizar sus propios bienes y sus adecuados estándares. Por lo mismo, la Universidad se convierte en medio para fines de otro orden, más que de lo que en principio han de ser: centros no sólo de especialización y profesionalidad, sino de comprensión del mundo y participación ética de su realidad cotidiana. En ese lugar han de aparecer aquellos humanos que han de construir el provenir y facilitar la humanidad de lo humanamente humano. De ahí que siendo la ética o la epistemología, por ejemplo, fundamental en el saber de cualquier carrera, ellas adolecen de existencia o bien de realismo, aun cuando están, en ciertos casos, presentes. Así como la Física se convirtió en Ingeniería Física, la reflexión científica se ha convertido en reflexión técnica.

El ser humano no es un ser complejo, como algunos pretenden afirmarlo, sino un ser que cohabita en un sistema complejo. Eso es otro asunto. La complejidad de ese cohabitar pone al estudiante en una situación, a veces, impensable para sí mismo. Sus presupuestas críticas sociales tienden a lo mediático, más no necesariamente a lo fundamental. He ahí que muchos profesionales pierden el camino del pensar para dirigir sus pasos a la «capitalización» de su quehacer, y desde dónde sus estudios garantizan su acción y seguridad social y laboral. De esta manera, médicos, ingenieros, economistas y educadores cumplen a cabalidad con sus actividades. No cabe duda de que la Universidad ha cumplido con ese rol. Ese no es el problema de fondo, sino de aquella figura que oculta el fondo mismo de lo que ha de ser una Universidad. No se piensa qué es la Universidad en sí misma, sino que se acreditan carreras e instituciones. Acreditaciones que sólo garantizan su función y su capitalización en bienes y trabajos. Así como la sociedad se ha licuado o bien sea gasificado, según algunos filósofos contemporáneos, la misma Universidad ha perdido cierta solidez de ser. Sus posgrados, sea el caso, se vuelven espacios variados de investigación que no garantizan pensamiento crítico sino estudios de perfeccionamiento y especialización.

Por de pronto, no hay que confundir la complejidad del cerebro humano con la simplicidad de las acciones. Si los seres humanos fuésemos más complejos de lo que se suele pensar, a la sazón, los modelos de condicionamiento y adoctrinamiento no tendría la efectividad y la viabilidad que realmente logran y, escandalosamente, dan respuesta a modos de algoritmos predeterminados. No somos máquinas, pero nos comportamos, muchas veces, como si lo fuéramos, y nos tratan como si existiéramos como máquinas de funcionalidad eficiente.

¿Cómo ganar el espacio del pensar crítico dentro de las Universidades? Para responder a la presente pregunta es menester responder a aquello que se pregunta, a saber, qué es el pensar crítico. Según una definición más habitual, el pensamiento crítico es la potencia que tiene cada ser humano de analizar la información objetivamente, evaluando su validez y su relevancia para formar juicios más claros y seguros o tomar decisiones más entendidas, y de esa manera resolver problemas o dificultades e innovar en nuevos procesos u objetivos. Esta definición académica pone el pensar crítico dentro de lo ahí tecnificador. Y, desde esta visión, las Universidades dan espacios para desarrollar, dentro de su mínimo común, dicho pensar. De esta manera, el pensar crítico no es un pensar sino una herramienta válida para validar o invalidar, verificar o falsear «aquello» que la ciencia y la técnica están desarrollando o en lo que se está trabajando. Una idea bastante cómoda, pero peligrosa. Y su peligro no está en su definición, sino en aquello que la definición oculta. Por lo mismo, desocultar aquello se vuelve peligroso, a su vez, es peligroso. Pues, en efecto, tras la opinión y la validación de ciertos conceptos objetivos de lo científicamente entregado, queda olvidado el ser del hombre y su sentido de ser. La existencia humana se vuelve momento o parte de esa objetividad ahí presente y puesta en el debate. Pero una cosa es el hombre como estructura objetiva, y otra muy distinta la existencia misma de lo ahí humano. Separar o reducir la última idea a lo que es simplemente materialidad objetiva constituye la condición más devastadora de lo que es el ser humano. De igual modo, reducir la existencia humana a procesos psicológicos y, al mismo tiempo, justificante de modelos económicos imperantes y capitalizadores, pone a la misma humanidad en una vulnerabilidad similar a la peste negra. No cabe duda de que la técnica, la ingeniería, sea cual sea, y la medicina proporcionan en esta objetividad mejoras respecto al humano concreto y material, por lo menos de algunos, más que de todos. No porque alguien viva más, significa que su condición humana es mejor. No porque se tolere más la diversidad, significa que su condición de vida será más segura y libre.



El pensar crítico debe volver su mirada a lo que el mismo pensar suele amparar. Es, por tanto, necesario redefinir ese pensar para comprender lo que es el pensar, y no confundirlo con la aserción crítica y objetiva. Así como la epistemología se ha de constituir un pensar crítico, y, sin embargo, se ha convertido en una reflexión y comprensión acerca de lo que es la ciencia y los objetos de aquella. De esta manera, dicho pensar no es un pensar, sino, más bien, una abierta reflexión acerca de sus métodos y validaciones.

La epistemología ha de ser una disciplina que nos abre al pensamiento crítico no sólo del objeto que se piensa en ciencia o en las técnicas, sino volverse sobre lo que ella misma constituye, a saber, la conciencia que se ha de determinar como puente entre lo que hemos de validar y el sentido de existencia que hemos de considerar radicalmente para admitir lo que se ha de aceptar. No basta que una supuesta área de la ciencia «defina al hombre» como si éste fuera una cosa definible, por ejemplo, decir que biológicamente se es varón o mujer bajo ciertos patrones de referencias, dejando de lado todo lo que lo humano constituye en su libertad de ser. El ser humano es un ser en libertad, y su definición más se vuelve jurídica, pedagógica, médica y económica con cierta conveniencia política, pero deja fuera su «esencialidad» más profunda: su sentido de existencia. La humanidad avanza; y lo científicamente entregado ahí sólo muestra el universo observable, pero no el universo en sí mismo. Lo mismo ocurre con la biología y las demás disciplinas de lo objetivamente objetivador.

Por consecuencia, las Universidades tiene el deber ético de dar espacios y ocupar esos espacios para el pensar crítico, aun cuando algunos piensen que su posición moralizadora o moralista ha de ser la que ha de primar por sobre otras. El debate, la discusión, el respeto y la tolerancia han de ser pilares fundamentales para dichos espacios universitarios. Es una tarea de todos, porque la universidad es de todos. Las Universidades no sólo han de ser instituciones consagradas al conocimiento, sino al saber. Y no confundir una con otra, pues en vistas del conocimiento, ellas se autodefinen como saberes. Aquello es más cercano a una falacia *ad populum* que a una verdad. Es cierto que ciertas tendencias y sellos, perfiles e imágenes han de poner a una Universidad en diferencia con otra, pero aquello no ha de estar en desmedro del pensar crítico, soslayar dicho pensar, enmascararlo o poner en tela de juicio dicho pensar. Si la verdad es lo que es, ¿por qué hemos de temer? El pensar crítico forma al futuro profesional no en lo que ha de conocer y trabajar, sino en lo que ha de ser responsable, y esa responsabilidad será siempre el ser humano.

** Doctor en Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Actual académico de la Universidad de Playa Ancha. Autor de libros, artículos y ensayos de Educación y Filosofía. Con experiencia en universidades más de 30 años. Catedrático de Ética, Metafísica, Filosofía de la Historia, Epistemología, entre otros.*

ENTREVISTA JOAQUIN GIANNOTTI*

Equipo editorial



La gratuidad constituye un prerequisite esencial para democratizar el acceso a la educación superior, que es fundamentalmente un derecho universal.

Joaquín Gianotti

1. ¿Cómo concibe usted el rol que deben desempeñar hoy las universidades frente a los grandes desafíos sociales, políticos y tecnológicos del siglo XXI?

Las universidades deben liderar la formación de ciudadanos con pensamiento crítico, capacidades socioemocionales y éticas esenciales para afrontar los retos del siglo XXI. Esto exige ir más allá de un enfoque exclusivo en las habilidades profesionales para cultivar una persona más integral. Tomemos como ejemplo el auge generalizado de la IA. Si bien los estudiantes sin duda necesitan aprender a integrar las herramientas de IA para mejorar la productividad y la eficiencia, las universidades tienen un mandato más profundo. No deberíamos limitarnos a enseñar cómo hacerlo; también debemos inculcar una comprensión crítica y ética de las implicaciones más amplias de la IA, desde su uso hasta su diseño. En definitiva, las universidades no deberían simplemente formar profesionales; deben, en cambio, fomentar e inspirar en sus estudiantes un espíritu de responsabilidad y un compromiso crítico con la sociedad.

2. Desde su experiencia dirigiendo NACSA, ¿cuáles cree que son las principales transformaciones que han experimentado los estudiantes universitarios en términos de intereses, capacidades y compromiso social? En ese sentido, ¿cómo ha impactado la gratuidad en el perfil del estudiantado, considerando que hoy accede a la educación superior un sector de la población históricamente excluido, como el 60% de menores ingresos?

Un análisis comparativo de mi propia experiencia universitaria con la de mis estudiantes actuales revela cambios notables en la participación y las prioridades estudiantiles. Los estudiantes contemporáneos muestran una marcada sensibilidad a las preocupaciones

ambientales, en particular al cambio climático, una tendencia que se explica por la creciente incidencia global de fenómenos meteorológicos extremos. Simultáneamente, existe un interés encomiable y creciente en temas de relevancia social, como las desigualdades sistémicas y las diversas formas de discriminación. Esto coincide con tendencias sociales más amplias en las que el discurso público sobre estos temas se ha polarizado y generalizado cada vez más, un fenómeno posiblemente exacerbado por la inevitable integración de las redes sociales en la vida cotidiana.

La implementación de la gratuidad, a pesar de sus complejidades operativas, ha diversificado profunda y positivamente el estudiantado. Este enriquecimiento demográfico es sumamente ventajoso, ya que facilita la convergencia de diversas experiencias y perspectivas dentro del entorno académico. El imperativo pedagógico, por lo tanto, reside en maximizar los beneficios epistémicos de esta diversidad: cultivar la capacidad de los estudiantes para interactuar de manera crítica y respetuosa con personas de orígenes sustancialmente diferentes, un objetivo particularmente relevante en una sociedad históricamente segregada como la chilena. Sostengo que la gratuidad constituye un prerrequisito esencial para democratizar el acceso a la educación superior, que es fundamentalmente un derecho universal. Establece una condición necesaria para la mejora social, dotando a todos los estudiantes de las herramientas intelectuales necesarias para desenvolverse en las complejidades de la sociedad contemporánea y fomentando un tejido social más equitativo y menos discriminatorio. Sin embargo, la defensa institucional del pluralismo y la diversidad sigue siendo en gran medida performativa si los entornos de aprendizaje reales no encarnan esta diversidad.

3. ¿Cuál es, en su opinión, la relación que deberían tener las universidades con la formación en valores como la laicidad, la responsabilidad ética y el pensamiento crítico?

Las universidades deben ser defensoras inflexibles de sus valores fundamentales. Esta postura es totalmente coherente con la identidad única de una institución, incluso si resalta valores particulares. Creo que estos valores son fundamentales y universales. Fundamentalmente, su cultivo es un proceso continuo y autorreflexivo que exige una reevaluación constante de los supuestos fundamentales que rigen las discusiones en el aula. Es un error grave etiquetar la promoción de estos valores como propaganda "woke". Si bien las universidades tienen un compromiso ideológico inherente, una comprensión correcta no revela ninguna amenaza del "wokeismo"; más bien, tales acusaciones a menudo surgen del rechazo de los mismos valores que las universidades deberían defender.

4. ¿Cómo enfrentan las universidades chilenas, en concreto la Universidad Mayor, el desafío de integrar tecnologías como la inteligencia artificial sin descuidar la formación integral de los estudiantes?

La Universidad Mayor continúa explorando las complejidades de la integración responsable de la IA. Si bien iniciativas específicas, como los "Lineamientos para el Uso Responsable de la IA Generativa" del Comité Futuro y las directrices del Centro de Innovación Educativa, enfatizan acertadamente la IA responsable, aún queda mucho trabajo por hacer. Para garantizar que estas directrices normativas no sean meramente superficiales ni estén sujetas

a interpretaciones vagas (por ejemplo, "ser responsable al generar resultados con IA generativa"), es, en mi opinión, esencial establecer fundamentos filosóficos claros y adaptables. Esto representa un área crítica en la que filósofos como yo podemos contribuir significativamente. El núcleo que dirijo, NACSA, a través de su grupo de investigación "Ética, IA, Desafíos Actuales", avanza en esta área centrándose en la investigación académica que se traduce en la implementación concreta de políticas filosóficamente sólidas, rigurosamente fundamentadas en el conocimiento experto.

5. ¿Cree que las universidades deben posicionarse políticamente frente a temas sensibles como el cambio climático, la desigualdad social o la defensa de los derechos humanos?

Muchos temas contemporáneos críticos, como el cambio climático, las desigualdades sociales y los derechos humanos, poseen dimensiones no solo políticas, sino también morales profundas. Adoptar una apariencia de neutralidad en estos temas es irreal; desde una perspectiva moral, implica aquiescencia. Desde una perspectiva política, el cálculo se vuelve más complejo. Las universidades no deberían rehuir el respaldo a políticas y, por extensión, a actores políticos comprometidos con el fomento de avances sociales positivos y la mitigación de estructuras sociales opresivas. Sin embargo, al mismo tiempo, las universidades deben proteger diligentemente los espacios para el desacuerdo intelectual constructivo y el pluralismo político, siempre que estos diversos puntos de vista se alineen con los valores fundamentales e innegociables que estas instituciones, como se argumentó anteriormente, están obligadas a promover y defender rigurosamente. A modo de ejemplo, una universidad podría convocar un foro productivo para el diálogo entre defensores de ideologías políticas divergentes sobre un tema delicado, como las reparaciones a grupos racializados históricamente discriminados. Es crucial que la universidad no pueda, bajo ninguna circunstancia, pretender ser neutral ni ignorar la innegable prevalencia de la discriminación racial. La reticencia a abordar y mejorar activamente estas difíciles condiciones contraviene fundamentalmente la educación transformadora que las universidades deben inculcar en sus estudiantes: ser catalizadores de una transformación social positiva.

** Doctorado de la Universidad de Glasgow, 2019. Máster en Filosofía, Universidad Vita-Salute San Raffaele, Milán, 2014. Licenciatura en Filosofía y Ciencias Cognitivas, 2012. Actualmente Director Núcleo de Ciencias Sociales y Artes y Profesor Asistente, Universidad Mayor. Ha sido Co-Investigador para 'Modalidad, Modelos y Leyes: La Estrategia del Modelamiento Modal en Filosofía', FONDECYT Regular 1251294 e Investigador principal para Esencialismo de Doble Aspecto: Una Metafísica Científicamente Responsable de las Propiedades Fundamentales. Universidad de Chile. FONDECYT Iniciación 11220030, entre otras funciones.*

LA UNIVERSIDAD ES UN NEGOCIO RENTABLE

André Grimblatt*



Todo se vende este día,
todo el dinero lo iguala;
la corte vende su gala,
la guerra su valentía;
hasta la sabiduría
vende la Universidad,
¡Verdad!

Luis de Góngora (1561-1627)

Desde los primeros pasos, en la organización de las sociedades humanas, un aspecto relevante fue la transmisión de los conocimientos de una generación a la siguiente. En efecto, desde los primeros humanoides, se hizo relevante transmitir los conocimientos adquiridos desde una generación a la futura generación. Así nace el concepto de la educación, ya sea de los conocimientos generales de la civilización como de las prácticas profesionales propias de cada corporación. Nacen así las primeras escuelas para niños y jóvenes, junto a centros de formación profesional de las corporaciones y, finalmente, las universidades. Estas últimas, hasta hace poco tiempo, en manos de las jerarquías religiosas de cada país y de cada civilización.

La creación de las primeras “universidades” remonta aparentemente al siglo V a.d.C., en Atenas, aunque haya sido instituciones de muy pequeña envergadura, hasta que en 859 d.d.C. se creen en Fez, Marruecos, la Universidad de Al-Karaouine y la Universidad de Bologna en 1088. La idea de que estas casas de estudios, hoy presentes en todos los países del mundo, sean los templos del saber y de la investigación científica, tecnológica y humanista, se mantiene. Pero, nada es menos cierto.

Tras las universidades pioneras, desde el siglo XV, comenzaron a surgir en Europa diferentes casas de estudios superiores; todas bajo el alero de las jerarquías religiosas imperantes en cada uno de los países.

Tras la Revolución Francesa, muchas de esas universidades, en general católicas; fueron pasadas, en gran parte, a manos del Estado, bajo el sistema de universidades públicas, aunque permanecieron importantes universidades en manos de iglesias, fundamentalmente la iglesia católica.

Sin duda es en el Reino Unido y, luego en los Estados Unidos de América, donde surgen las primeras universidades privadas, ya sea en manos de grupos religiosos no católicos o de corporaciones profesionales como la Universidad de Purdue en Indiana, USA; fundada por productores agrícolas para formar a los ingenieros y técnicos necesarios al desarrollo de los campos.

En el caso de Chile, la instauración de universidades privadas es tardío, principalmente por la ley que no las autorizaba desde tiempos del gobierno de Pedro Aguirre Cerda, que instauró la educación pública y obligatoria en el país. Sólo se autorizó la existencia de universidades confesionales, como es el caso de las universidades católicas que fueron creadas y de universidades creadas por alguna fundación como fue el caso de la Universidad Técnica Federico Santa María. En el caso de la Universidad Adolfo Ibáñez, la única universidad privada, creada en Chile con anterioridad a la ley que las autorizó bajo la dictadura civil y militar, sus títulos no eran reconocidos legalmente, salvo por algunas grandes empresas que buscaban egresados de dicha casa de estudio.

Actualmente han crecido exponencialmente en el mundo las universidades privadas. Es el caso, por ejemplo, de Chile que, tras la autorización de instalar universidades privadas, aunque “sin fines de lucro”, han visto su número crecer de tal manera que en la actualidad acogen más alumnos y otorgan mayor cantidad de títulos y grados que las universidades públicas. En el caso de Europa el fenómeno es más tardío y se asiste en la actualidad al acelerado acrecentamiento de universidades privadas, fundamentalmente en lo que se refiere a títulos de postgrado.



La investigación científica y tecnológica, como a su vez de Ciencias Humanas, no ha sido, globalmente, producto esencialmente del quehacer universitario. En efecto, a pesar de algunas excepciones como el descubrimiento de los microorganismos en la Facultad de Medicina de la Universidad de Montpellier en Francia, a comienzos del siglo XVI, por dar un ejemplo.

La gran mayoría de las investigaciones realizadas han surgido de corporaciones laborales, de fundaciones o de instituciones privadas o semiprivadas, que rescataron académicos sobresalientes del mundo académico universitario, para establecer sus propios centros privados o semiprivados de investigación.

En la actualidad, para dar un par de ejemplos, la investigación farmacológica o la investigación tecnológica se encuentran fundamentalmente en manos de empresas privadas que luego diseñan, fabrican y venden los productos que surgen de esas investigaciones.

El rol actual de las universidades es formar profesionales, tanto en las áreas técnicas, como en las áreas científicas y en las áreas humanistas. Dichas formaciones son financiadas ya sea por el profesional mismo junto a su familia o por el Estado, que necesita de la capacitación de dichos profesionales. La universidad entrega las formaciones que ofrece contra el pago de una matrícula y de un arancel; en el caso de las universidades públicas, dichos pagos los realiza el Estado, atribuyéndole a las universidades el rol de instituciones autónomas que determinan sus propios programas y sus políticas de selección para la obtención del título profesional.

Se trata de un negocio rentable, en la medida en que el cobro por el servicio prestado y el costo de éste produce un margen o plusvalía que puede ser, según los casos reinvertido o repartido, de alguna manera, entre los dueños, según lo indique la legislación de cada país.

Por consiguiente, las universidades han dejado de ser, si alguna vez lo fueron, la cuna de investigaciones y descubrimientos para ser proveedores de conocimientos y títulos profesionales que permiten a un individuo el ejercicio de una profesión u oficio que le permitirá ganar su vida en la edad adulta.

Los grandes descubrimientos, teorías, avances tecnológicos, filosóficos o científicos no provienen, salvo pequeñas excepciones del contexto universitario; los títulos profesionales sí. Hoy, la universidad es un negocio rentable, necesario para los países. Que sea estatal o privada, el criterio imperante es la rentabilidad y, salvo en caso de que si existen son muy minoritarios, el objetivo de las casas universitarias es la forja de profesionales y no el avance o la transmisión del conocimiento humano.

** Doctor en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Paris-Sorbonne. Analista internacional y consultor senior en temas de estrategia y de comunicación corporativa. Participa en el programa informativo Cable y Tierra de Radio Valparaíso. Rector del Centro Internacional de Altos Estudios (CINAE).*

¿LA LIBERTAD DE PENSAR ESTÁ EN CRISIS?

Edgardo Hidalgo C.*



Vivimos un mundo complejo en que valores de antaño inamovibles, hoy parecen débiles pensamientos fáciles de modificar, o no reconocerles vigencia. El libre albedrío -este tan apreciado valor y a la vez muy propio de nuestro intelecto- está en crisis en la sociedad de este siglo XXI. El libre albedrío comienza como recurso intelectual en la consciencia, sin la cual no puede desarrollarse, ni expresarse. Este proceso intelectual necesita ser estimulado por la afectividad, que en forma de motivación lleve a la persona a buscar con fuerza la obtención de la racionalidad necesaria que permita su expresión, o sea posesionarse profundamente en el “deseo de algo”.

Desde lo alto de este nuevo estado intelectual y afectivo podemos ver la perspectiva racional en el ascenso del hombre como consciencia viviente. El deber es el sentimiento operativo e instrumental de la consciencia, especialmente en lo relacionado con la moral. El deber en el proceso de perfeccionamiento debería tener una gran fuerza, en la medida que sea manifestada como compromiso; es el activante constante de la consciencia psicológica y moral. La consciencia es la facultad del intelecto que nos permite discernir la realidad.

Hay consciencia en la medida en la medida que sentimos el yo interior frente al mundo. Una vez despierta la consciencia podremos dejar volar nuestros pensamientos y dar luz verde al ejercicio intelectual del libre albedrío que significa la posibilidad de elegir, u optar entre varias opciones; es libertad de la voluntad, es la libertad ética de elegir, sin coacción. También es denominada “libre arbitrio”. Podemos dividirlo en 2 grandes grupos, según los que admitan que el libre albedrío sólo lo es para referirse a los medios, ya que los fines están ya impuestos, sin oposición posible, pues son determinadas por la naturaleza, o la voluntad de Dios, según sean las personales creencias religiosas. El otro grupo está representado por los que creen que la libre elección se refiere derechamente a los fines.

Transcribo la opinión de algunos filósofos que, en uno u otro sentido, nos pueden aclarar este concepto:

John Stuart Mill, (inglés, economista, filósofo, 1806-1873. Lógica, VI, cap. II): *“Este sentimiento de nuestro poder de modificar nuestro propio carácter si lo queremos es precisamente el sentimiento de libertad moral de que tenemos conciencia. Una persona se siente moralmente libre cuando siente que sus hábitos y sus tentaciones no la dominan, sino que ella los domina; cuando, aun cediendo a ellos, siente que podría resistirlos; que, si deseara reprimirlos absolutamente, no necesitaría para ello una fuerza de deseo mayor que aquella de que se siente capaz”*. John Stuart Mill cree en la plena libertad interior para dominar sus pasiones, miedos, etc. En su libro *Liberty* expone sobre los límites de la libertad, separando los que le corresponden al individuo (privado lo llama él) y los de la sociedad (público). La separación entre unos y otros la explica intentando “separar las aguas”. La libertad en el plano privado es total, en tanto en el plano público es restringida porque afecta a terceros y es el Estado quién vela por su cumplimiento.

Santo Tomás (Suma teológica, I, qu 83, art. 4) piensa que *“Dios, al hacer existir el mundo y al organizarlo, realiza un plan, por el cual se manifiestan sus perfecciones, en el que cada ser, por consiguiente, tiene su lugar señalado para manifestar tal perfección, aquellos tal otra, de modo que los hombres pueden libremente manifestarse; pero Dios los conduce allí donde él necesita que estén para realizar su propio y gran plan de la creación”*. Santo Tomás acepta que la libertad solo nos permite hacer “libremente” lo que Dios ya nos definió y ordenó hacer. En nuestros tiempos este argumento no resiste el menos análisis: derechamente no es libertad porque significa hacer lo que se nos ordena.

Entre los que creen que la libertad también incluye los fines está **Orígenes** (También Horigenes, Egipto Alejandría, 185- 254.D.C. Considerado el Padre de la Iglesia Oriental) quien admite que DIOS al crear el mundo tiende no a realizar un plan preconcebido del cual los individuos que nosotros somos sólo serían sus materiales, como los ladrillos de un edificio, sino a originar en el ser y en la vida individuos racionales que, a la vez que no existen más que por él, existen en sí mismas y por sí mismas y, en este carácter, son verdaderamente autónomos para decidir su suerte final; de modo que si Dios es su fin, si deben quererlo como tal porque es su principio, tienen, sin embargo, que quererlo libremente y en cualquier momento su voluntad puede alejarse de él. Es, pues, precisamente el fin el que aquí es el objeto de la acción y no solamente los medios, accidentes o circunstancias, entre los cuales nos movemos temporal y espacialmente.

La diferencia entre pensar que el libre arbitrio lo es sólo en los medios y los que creen que lo es en realidad en los fines, hay una gran diferencia entre ambas posiciones. Cuando somos libres en los fines tenemos un margen de movilidad mucho más amplio, que incluye la libertad en los medios. En cambio, la libertad sólo en los medios deja un margen de acción limitado sólo al cómo hacer las cosas y no se podrían modificar sus fines.

En base a la tolerancia se deben aceptar ambas posiciones. Pero eso no es óbice para emitir una opinión particular al respecto. El libre albedrío tiene sus límites en las reglas que nos impone la naturaleza: reglas biológicas, físicas, químicas y las de la sociedad que nos obliga respetar a terceros. Pero en el campo de la abstracción, del pensamiento, del razonar, podemos optar por cualquier idea y tenemos toda la libertad de opinar y decidir conductas. En el campo de la moral, por ejemplo, no debería haber límites a nuestra libertad de adherir a todas las opciones y siempre en el marco del bien. En este campo somos los hombres los que deberíamos poner nuestros propios límites, si así lo quisiéramos.



¿Un mundo con otros valores?

Volviendo a este siglo XXI, observamos que han aparecido renovadas posturas en nuestro mundo occidental, que postulan la negativa idea que el pensar libremente es un obstáculo para sus intereses. El neoliberalismo se desarrolla mejor y las ventas suben, en la medida que la gente piensa menos, así la propaganda tiene más efecto, penetra las conciencias más fácilmente. Hay quienes postulan que pensar es un obstáculo innecesario ante la posibilidad de elegir comprar. Así mismo, los profesionales que ejercen el libre albedrío se hacen preguntas, ponen en discusión el conocimiento, dudan y razonan ante las alternativas y eso no es bueno para el rendimiento de la fábrica. o de la empresa.

Las universidades han sido por los siglos de los siglos los lugares donde la sociedad forma a sus profesionales. Las asignaturas humanistas que ellas imparten son ahora un obstáculo para la formación de profesionales que tengan como principio prioritario ser más eficientes en la producción, en el rendimiento económico de la empresa. Dicen algunos” pensar es negativo para la eficiencia productiva”.

Las profesiones humanistas tienen como centro “*el hombre*”. Importa su vida y su desarrollo para que cada quien se supere y busque su destino con su libre pensamiento. Las ciencias humanistas son esenciales para desarrollar las sociedades. Tal vez no producen bienes materiales, no son fábricas, ni urbanistas; pero nos orientan a vivir en sociedad, a relacionarse con valores positivos, a moldear valores éticos de convivencia. Eso, ciertamente, no tiene rédito económico, ni hace más ricos. La actividad económica que solo busca rendimiento, ganancias, lucro, más ventas, buenos negocios, no guarda relación económica con las ciencias sociales, al menos directamente, pero si indirectamente al moverse en una sociedad más feliz, con gente positiva y con ideas para mejorar las cosas. Pero el libre mercado vive de la producción de beneficios económicos al corto plazo,” no siembra para el futuro”. El libre mercado es “hoy”. En esta idea aparecen en los medios de comunicación supuestos

prohombre que ponen en duda -y otros derechamente atacan- todo lo que para ellos es superfluo a sus intereses, por tanto, las ciencias sociales no cumplen este requisito, en el corto plazo al menos.



Hoy se ha agregado en EE. UU. un frontal ataque a las universidades para que no contraten profesores de esas áreas, menos aún si son extranjeros, lo que agrega una actitud xenofóbica gratuita que no debería estar en discusión. Se les ha presionado con quitarles los apoyos económicos estatales (de diverso orden), para limitar la docencia y los proyectos de investigación en estas áreas.

Bajo el ataque al libre albedrío hay soterradamente un ataque al pensar, porque para sus intereses pensar ya no es bueno, hay quienes toman las decisiones y nosotros -tarrícolas sin poder- debemos sólo pensar en la función del cumpliendo de esas tareas. Esto recuerda a la Edad Media y el enorme analfabetismo, la persecución y cremación a los hombres que se resistían y cultivaban un pensamiento libre de la sociedad; recuerda cuando el pueblo solamente debía obedecer porque no tenía margen para pensar, lo que facilitaba su control social y político. En el Siglo XXI, no podemos retroceder a esos niveles de ignorancia y sumisión moral.

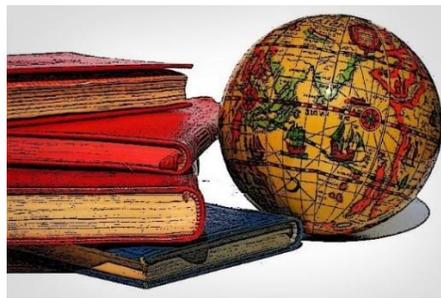
¿Qué está pasando en el orden mundial? Hay poderes que tienen recursos económicos e influencias a nivel supra país. La economía se maneja en las grandes corporaciones, lejos de nuestras tierras. La economía mundial decide de acuerdo con sus intereses y, obviamente, pensar pasa a ser un obstáculo.

Las ciencias sociales tienen un objetivo y una proyección de para ellos. Las ciencias sociales nos dan el marco de validez en 3 cuestiones: social, político y económico, y los científicos sociales buscan la justificación de ese orden de cosas. La conducta humana está circunscrita a 4 elementos que la determinan: el medio, la evolución, la cultura y la sociedad en que se desarrolla. Las ciencias sociales hacen al hombre crítico del mundo actual dudar científicamente de su proyección y capacitarlos para proponer y guiar nuevos rumbos; todo esto es un obstáculo para los poderes que pretenden que esta sociedad obedezca, transite mansamente como tales poderes pretenden para no entorpecer sus propósitos de lucro. Se observa especialmente en la política, no solo la de un país que es pequeña y local, sino las grandes corrientes políticas que tienen el poder supranacional y quieren seguir manteniéndolo. Visto así, las ciencias sociales que estudian la conducta humana pueden llegar a ser un obstáculo. De este modo podemos explicar entonces que las universidades del mundo están viendo amenazadas sus puertas para que dediquen más de su tiempo a formar profesionales que maximicen sus destrezas en la eficiencia productiva, porque según ellos debería ser su función primordial.

Complejo panorama para las futuras generaciones: ¿menos tiempo para pensar y más tiempo para producir? ¿Y qué hay de la felicidad de hacer y vivir con tolerancia y respetar todas las formas de vida? ¿Qué valor tiene la búsqueda de la felicidad en otro ámbito que no sea la acumulación de dinero para otros, (grandes corporaciones) y con un sueldo solamente en lo personal?

Las críticas del Gobierno de EE. UU. a las universidades argumentan el alto costo que tienen las ciencias sociales y que ello encarece la educación universitaria y, además, tienen menos retorno de la inversión (¿lo único importante?); postulan que también se asocia a este “menor retorno de la inversión” el hecho que la investigación en ciencias sociales grava más aún el costo de las carreras del área social. Además, critican como negativo su pretendido “valor ideologizante en los estudiantes” porque los alejan del objetivo productivo y así no se preparan adecuadamente para el mercado laboral y empresarial. Argumentan que las universidades desvían su función principal, que debe ser la adecuada preparación de profesionales diestros y hábiles en las áreas productivas que refuercen el progreso económico del país. De este modo, esas críticas vienen de aquellas personas y grupos de poder que creen que las universidades deben estar primera y exclusivamente al servicio del éxito productivo y desarrollo económico; buscan (en EE. UU. con el apoyo irrestricto de su presidente actual) disminuir presupuestos y promover la creación de carreras técnicas. No les importa que las ciencias sociales promuevan el pensamiento crítico, que lleva a la aspiración de una sociedad más equitativa y justa.

Las ciencias sociales son el baluarte para dignificar al hombre, entregar valores éticos y avanzar en su libertad, camino necesario para la felicidad. La libertad puede permitirnos, con libre albedrío, decidir entre opciones y buscar los caminos más adecuados para crecer espiritualmente y obtener la felicidad que, no necesariamente, debe ser económica.



Esta orientación política en EE. UU. y replicada en otros países de Europa ha llevado en algunas universidades a la reducción de presupuestos en algunos departamentos de ciencias sociales, mayor promoción de carreras técnicas y la creación de programas universitarios más centrados en habilidades prácticas. Sin embargo, también ha generado controversia y resistencia por parte de académicos defensores de las ciencias sociales (y en el fondo del derecho a pensar), quienes argumentan que estas disciplinas son cruciales para comprender y abordar los problemas de la difícil convivencia que nos plantea el mundo actual, por ello es importante fomentar el pensamiento crítico para promover una sociedad progresista, más justa e informada.

En Chile, las universidades estatales, ajenas al lucro, pueden defenderse mejor de las políticas de este “pretendido nuevo orden”. Tienen sus Facultades y Departamentos, con un mayor

margen de autonomía, que les permiten resistir mejor estos vaivenes, estas nuevas olas venidas del extranjero y replicadas con entusiasmo por unos pocos políticos chilenos ajenos a las actividades académicas, con un claro objetivo económico por sobre otros, más centrados en temas valóricos y sociales.

Las universidades particulares están más expuestas; sus Facultades y Departamentos son más débiles y permeables a estos intereses económicos, ya que la función principal de esas universidades es el lucro. Los académicos del cuerpo docente terminan siendo ajenos para influir en las políticas financieras de los organismos centrales de la universidad (ya hemos visto un ejemplo lamentable). Solamente podemos esperar que las universidades particulares chilenas no sean permeadas por estas corrientes economicistas a ultranza que pretenden invadir con una retrógrada política la histórica misión y visión de las universidades comprometidas con el progreso armónico del país, no solo en su desarrollo económico -por cierto, válido- sino también para construir y sostener una sociedad libre, culta y con valores.

BIBLIOGRAFÍA:

- . - <https://revistasoj.s.ucaldas.edu.co/index.php/discusionesfilosoficas/article/view/6849>
- . - <https://www.salacela.net/pdf/15/articulo2.pdf>
- . - [/casiliteral.com/notas-de-un-agrafo/el-gran-mito-del-libre-albedrio/](http://casiliteral.com/notas-de-un-agrafo/el-gran-mito-del-libre-albedrio/)

** Ex director de la Escuela de Kinesiología de la Universidad de Chile (1990-2000), Profesor de la Escuela de Danza de la Universidad de Chile (1968-1996). Consultor de la Oficina Panamericana de la Salud. Primer Director Escuela de Kinesiología de la Universidad de Concepción. Autor de El movimiento es vida; Tenso-elongación; Hitos de la Kinesiología; La libertad; Cómo yo la viví.*

LA INTOLERANCIA MATERIAL.

Carlos López Dawson*



DECADENCIA.

El librepensamiento se basa en la idea de que las posiciones referentes a la verdad deben formarse sobre la base de la lógica, la razón y el empirismo, rechazando el dogmatismo y la autoridad. Puede haber un debate sobre el tema, pero muchas veces en la historia de la humanidad el problema se ha zanjado con la guerra.

Siguiendo en el plano de las ideas, desde el derecho su fundamento por la protección de la libertad académica y los derechos humanos ha sido establecido en instrumentos tales como la Declaración Universal de Derechos Humanos y el Pacto Internacional sobre Derechos Civiles y Políticos, que establecen parámetros que buscan garantizar la libertad de opinión y expresión, incluida la libertad académica, entre otras. Ahora bien, mientras no se apliquen sanciones contra sus violaciones las normas seguirán como ideales. Las limitaciones a la libertad de pensamiento parecen ser un síntoma de decadencia social; ante la razón surge la violencia, expresión de la sin razón.

Hoy, no solo las universidades enfrentan un peligro impensado, sino todas las sociedades, se trata del neoconservatismo racista. Este se expresa en la idea de superioridad racial. Especialmente es notorio cuando estas ideas son encarnadas por gobiernos, como en Israel y los EE. UU, en Israel controlada por sionistas que creen ser el pueblo elegido por Dios y en EE. UU presididas por alguien como Donald Trump que es apoyado por grupos que sostienen la idea de la superioridad blanca. Si bien el presidente Trump no ha dicho que es supremacista blanco, sus acciones así lo demuestran, especialmente su política respecto de la inmigración latina y su política sobre Irán, basada en ficciones o propaganda racista¹.

¹ https://www.insidehighered-com.translate.google/news/government/politics-elections/2025/04/18/what-know-about-trumps-funding-threats-colleges?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc



En EE. UU., además, se impone una política del gobierno que ataca las ideas y afecta la libertad de pensamiento. En efecto, el gobierno de Trump ha ordenado suspender las subvenciones y contratos universitarios, suspendiendo la entrega de recursos a universidades destinadas a la investigación, lo que podría afectar la educación superior de ese país en los próximos años. El presidente Trump sostuvo que utilizará miles de millones de dólares en subvenciones y contratos federales, principalmente para investigación, como palanca para obligar los colegios y universidades a ceder ante su agenda y aumentar “la representación de la ideología conservadora en sus campus”, sin explicar cómo lo hará. En cambio, un grupo de analistas políticos conservadores planeó cómo aprovechar otras agencias y fuentes de financiación, más allá del acceso a los 130.000 millones de dólares que se distribuyen anualmente en préstamos federales para estudiantes y Becas Pell.

EL DOBLE DISCURSO.

Por otra parte, el antisemitismo supuesto ha servido de Caballo de Troya a Trump para atacar la libertad académica de las universidades. Para ese efecto creó un grupo de trabajo federal contra el antisemitismo encargado de revisar los fondos federales para las universidades que habrían violado los derechos civiles de los estudiantes. El grupo lanzó revisiones de las universidades de Columbia y Harvard, exigió cambios radicales y congeló 400 millones de dólares y 2.200 millones de dólares en subvenciones y contratos, respectivamente. Estos recortes afectarán investigaciones sobre la salud y el medio ambiente. Además de Columbia y Harvard, las universidades Northwestern, Cornell, Brown y Princeton han visto congelados algunos de sus fondos federales, aunque no está claro por qué o quién tomó esa decisión y bajo qué autoridad legal. (El *Wall Street Journal* informó que el personal de la Casa Blanca estaba detrás de la congelación de fondos de Cornell). El gobierno de Trump también congeló 175 millones de dólares en la Universidad de Pensilvania para penalizar a los administradores por permitir que una atleta transgénero nadara en el equipo femenino hace tres años.

LA FILOSOFÍA COMO TRINCHERA.

Para entender qué es la libertad de pensamiento, la libertad académica y el derecho que los ampara, es necesario recurrir a los filósofos que han abordado el concepto de libre pensamiento de diversas maneras, enfatizando la importancia de la razón, la lógica y el empirismo en la formación de opiniones y certezas. En efecto, algunos filósofos, como Epicuro, consideran que la libertad se identifica con la espontaneidad de las tendencias y la capacidad de cumplir deseos sin restricciones externas. Platón consideraba que la libertad radica en la capacidad de ser conscientes de la verdad y hacer lo correcto. Aristóteles entendía la libertad como la capacidad de elegir según nuestro propio deseo y voluntad, guiada por la razón.

Pero serán los filósofos ilustrados que mejor abordan estas ideas. En efecto, Kant argumentará que la libertad implica la capacidad de elegir según la razón y la moralidad, en

lugar de dejarse llevar por pasiones y deseos irracionales. Kant agregará que la libertad es una realización voluntaria, justificada por el mayor número de motivos racionales. Luego Rousseau enfatizará la importancia de la libertad individual y la autodeterminación, argumentando que ser libre significa ser dueño de nuestras propias acciones y decisiones.

En el siglo XIX, Marx pondrá en evidencia que las condiciones estructurales o materiales de existencia limitan esta libertad por lo que, para superarla, se requiere un esfuerzo colectivo. Los filósofos existencialistas como Sartre sostienen que la libertad es inherente a la existencia humana y se manifiesta en la elección de nuestro ser en el mundo.

LAS CONDICIONES ESTRUCTURALES

La libertad de pensamiento es influenciada por las condiciones estructurales o materiales de existencia. Desde luego, la sociedad y la cultura pueden influir en la forma de pensar y en las creencias. Por ejemplo, las normas sociales y los valores culturales pueden moldear nuestras opiniones y limitar nuestra capacidad para pensar de manera independiente. Además, las estructuras de poder y control, como los medios de comunicación y las instituciones educativas, pueden influir en la forma en que pensamos y en lo que consideramos aceptable o no. Esto puede limitar nuestra capacidad para pensar de manera crítica y autónoma. También, el acceso a la información y la educación puede ser un factor clave para la libertad de pensamiento. Si tenemos acceso a una variedad de fuentes de información y podemos evaluar críticamente la información, es más probable que podamos pensar de manera independiente. De lo contrario nuestra capacidad estará limitada al mundo que vemos.

NEGACIONISMO

No hay filósofo propiamente tal que ataque la libertad individual y la autonomía por cuanto todos las estiman fundamentales para la libertad de pensamiento. Hay escritores que exponen ideologías racistas, pero es evidente que no los podemos considerar filósofos, aunque sus ideas se expongan como filosofías de vida ideales de los supremacistas blancos.

Los supremacistas blancos suelen promover ideales que incluyen:

- Superioridad racial: La creencia de que la raza blanca es superior a otras razas y que debe mantener su pureza y dominación.
- Nacionalismo blanco: La idea de que los blancos deben tener su propio estado o nación, y que deben proteger sus intereses y cultura.
- Segregación racial: La creencia de que las razas deben estar separadas y que la mezcla racial es perjudicial.
- Antisemitismo: La hostilidad hacia los judíos, a quienes a menudo se les atribuyen características negativas y se les culpa de problemas sociales y económicos.
- Xenofobia: La aversión a los extranjeros y a las culturas no blancas.
- Autoritarismo: La creencia en la necesidad de un gobierno fuerte y autoritario para mantener el orden y la pureza racial.

AUTORES DE LA IDEOLOGÍA FACISTA

La ideología supremacista blanca ha sido promovida por varios individuos y grupos a lo largo de la historia. Algunos de los autores y figuras más destacadas asociadas con esta ideología incluyen:

- Arthur de Gobineau: Un diplomático y escritor francés del siglo XIX que es considerado uno de los fundadores del racismo científico. Su obra "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas" es una de las primeras en argumentar la superioridad de la raza aria.
- Houston Stewart Chamberlain: Un escritor británico-alemán que influyó en el pensamiento racial y antisemita en Alemania. Su obra "Los fundamentos del siglo XIX" presenta una visión de la historia centrada en la raza aria y su lucha contra otras razas.
- Adolf Hitler: El líder del Partido Nazi en Alemania, quien promovió una ideología de superioridad aria y llevó a cabo políticas genocidas contra judíos, gitanos y otros grupos durante el Holocausto. Su obra "Mi lucha" detalla su visión racista y antisemita del mundo.
- Francis Parker Yockey: Un abogado y filósofo estadounidense que promovió el neonazismo y el supremacismo blanco. Su obra "Imperium: La filosofía de la historia y la política" es una de las más influyentes en el movimiento supremacista blanco.
- William Luther Pierce: Un físico y activista estadounidense que fundó la Alianza Nacional y escribió "Los diarios de Turner", una novela que describe una revolución racial en Estados Unidos y es considerada una biblia para muchos supremacistas blancos.



LA SANCIÓN PENAL DE ESTA IDEOLOGÍA.

Varios países han implementado leyes que sancionan penalmente la promoción de la ideología supremacista blanca y otras formas de discriminación racial, por ejemplo:

- Alemania: Alemania tiene leyes que prohíben la promoción del nacionalsocialismo (nazismo) y otras formas de discriminación racial. La ley penaliza la incitación al odio racial y la promoción de ideologías que glorifiquen la violencia, o la discriminación contra grupos específicos.
- Francia: Francia tiene leyes que prohíben la incitación al odio racial y la promoción de ideologías que discriminen a grupos específicos. La ley también prohíbe la negación del Holocausto y otras formas de revisionismo histórico.
- Canadá: Canadá tiene leyes que prohíben la promoción del odio y la discriminación racial. La ley penaliza la incitación al odio contra grupos específicos y la promoción de ideologías que glorifiquen la violencia o la discriminación.

- Australia: muy similar a Canadá, Australia tiene leyes que prohíben la promoción del odio y la discriminación racial. Penaliza también la incitación al odio contra grupos específicos y la promoción de ideologías que glorifiquen la violencia o la discriminación.

Estas leyes se implementan para proteger a las personas y grupos vulnerables de la discriminación y la violencia, y para promover la igualdad y la justicia social. La sanción penal de la ideología supremacista blanca y otras formas de discriminación racial se considera una medida necesaria para prevenir la propagación de ideas que pueden incitar a la violencia y el odio contra ciertos grupos.

EL DERECHO INTERNACIONAL Y LA IDEOLOGÍA SUPREMACISTA

El artículo 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos establece que toda persona tiene derecho a la libertad de expresión, pero también establece que este derecho puede ser limitado para proteger los derechos y la reputación de los demás.

-El Pacto de San José de Costa Rica establece que la libertad de expresión puede ser limitada para proteger la seguridad nacional, el orden o la moral pública.

El derecho internacional aborda la ideología supremacista blanca y otras formas de discriminación racial a través de varios instrumentos y mecanismos:

- Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial (ICERD). Esta convención, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1965, obliga a los Estados parte a condenar la discriminación racial y a tomar medidas para eliminarla. La convención define la discriminación racial como *"toda distinción, exclusión, restricción o preferencia basada en motivos de raza, color, linaje u origen nacional o étnico"*.

- Declaración Universal de Derechos Humanos. Adoptada en 1948, establece en su artículo 2 que *"toda persona tiene los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición"*.



- Convención sobre la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio. Adoptada en 1948, define el genocidio como *"actos cometidos con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso"* y obliga a los Estados parte a tomar medidas para prevenir y sancionar este delito.

- Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional. Establecido por la Corte Penal Internacional en 1998, incluye entre los crímenes de competencia de la Corte el genocidio, los crímenes de lesa humanidad y los crímenes de guerra, que pueden incluir actos de discriminación racial y violencia contra grupos específicos.

Estos instrumentos internacionales establecen estándares y obligaciones para los Estados en materia de derechos humanos y discriminación racial, y proporcionan un marco para abordar la ideología supremacista blanca y otras formas de discriminación.

LA CANCELACIÓN.

La cultura de la cancelación sigue poniendo en jaque a la libertad de expresión, e incluso a la libertad de cátedra, en los campus de Estados Unidos. Según el informe Spotlight on Speech Codes, que elabora la Fundación para los Derechos Individuales y la Expresión (FIRE), el 18,5% de las universidades americanas se encuentran en “luz roja”, en cuanto a restricciones a la libertad de expresión, y el 68% están en “luz amarilla”, lo que significa una restricción más sutil pero igualmente “inconstitucional” de aquel derecho, por cuanto contraviene la Primera Enmienda de la Carta Magna estadounidense².

EL SIONISMO

El sionismo promueve la idea de que los judíos tienen derechos y privilegios que no se extienden a otros grupos. Si bien, el sionismo es un movimiento nacionalista que busca la autodeterminación y la seguridad para el pueblo judío en Israel, lo hace sobre la base de eliminar a otros, lo que se expresa, por ejemplo, en la ocupación de territorios palestinos, en apropiarse de los bienes de otros pueblos, en la construcción de asentamientos y en la discriminación contra los ciudadanos árabes de Israel. De este modo aparece como una ideología que justifica la discriminación y la opresión de los no judíos.

El concepto de que los judíos son el "pueblo elegido" se fundamenta en la tradición religiosa judía y en la interpretación de textos sagrados, principalmente la Torá donde se describe la alianza entre Dios y Abraham; Dios habría prometido proteger y bendecir a Abraham y a su descendencia, los judíos, a cambio de su obediencia y fidelidad.

En textos como el Deuteronomio (7:6-8), se afirma que Dios eligió a los judíos como su pueblo especial debido a su amor y fidelidad hacia ellos, no por alguna virtud o mérito inherente.

Es necesario reflexionar desde la filosofía. Si tenemos la capacidad de tomar decisiones y actuar según nuestras propias creencias y valores, es más probable que podamos pensar de manera independiente. Sin embargo, como se prueba en los casos de dictaduras y ahora en el capitalismo, especialmente en el caso de los EE.UU., es posible que las limitaciones impidan cultivar la libertad de pensamiento en nuestras vidas diarias.



² Cornejo Espejo, Juan. (2012). Retos impuestos por la globalización a los sistemas educativos latinoamericanos. Revista mexicana de investigación educativa, 17(52), 15-37. Recuperado en 14 de junio de 2025, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-66662012000100002&lng=es&tlng=es

Teniendo claro que las condiciones estructurales pueden influir en nuestra libertad de pensamiento, es posible realizar esfuerzos para cultivarla a través de la reflexión crítica, la búsqueda de información diversa y el desarrollo de habilidades críticas. A pesar de los desafíos que enfrenta la libertad de pensamiento, se puede creer que hay posibilidades de triunfar teniendo presente idealmente que la naturaleza humana se impondrá. Los seres humanos hemos nacido o desarrollado la curiosidad y la capacidad de cuestionar, condiciones que parecen inherentes a la naturaleza humana. Por ello a medida que las personas se enfrentan a desafíos y obstáculos, pueden desarrollar una mayor conciencia crítica y una mayor determinación para buscar la verdad. De todos sin acción social y solo pensando en lo individual, el cambio tomará más tiempo.

Uno de los obstáculos mayores es la capacidad de engañar que poseemos los seres humanos, cuyo mejor ejemplo es el Caballo de Troya o los drones en las batallas aéreas. Aunque los medios de información tendenciosos pueden influir en la opinión pública, la diversidad de perspectivas y la multiplicidad de voces pueden ayudar a contrarrestar esta influencia y promover una comprensión más matizada de la realidad. De allí la necesidad primero de organizarse para combatir a los embaucadores y luego, sancionar a quienes desinforman. Sin duda que la libertad de pensamiento enfrenta desafíos significativos y que su triunfo no está garantizado.

EL DEBATE UNIVERSITARIO.

Expertos coinciden en que la libertad académica tiene un papel fundamental en el desarrollo de la diversidad de pensamiento, porque implica una dualidad en su aplicación, permitiendo un mayor provecho de las instancias académicas. Por un lado, en cuanto al derecho de los docentes a investigar temas de su interés, presentando sus resultados sin intervenciones; y por otro, el derecho de los estudiantes a recibir esta información, analizándola de manera que ejerzan un pensamiento crítico.

Los especialistas subrayan que no se puede olvidar que la Libertad Académica tiene un papel fundamental en el desarrollo de la diversidad de pensamiento, el debate constructivo y la innovación. Además, los expertos consideran que es necesaria una mayor contribución hacia el desarrollo de políticas públicas para abordar los retos que enfrenta la humanidad en la actualidad, como el cambio climático, la desigualdad social y el acceso a la educación.

EL LAICISMO Y LA LIBERTAD.

Lograr que los Estados adopten el laicismo es fundamental para garantizar la libertad de expresión por cuanto un Estado que lo adopta se deshace de ataduras dogmáticas, sean religiosas o políticas. El laicismo promueve la separación entre el poder político y religioso, lo que permite una mayor libertad de expresión y creencia.

** Carlos López Dawson es abogado (UCH), Doctor en Ciencia Política (IEP de Paris), Doctor en Derecho internacional (Sorbonne 2), profesor universitario y director de postdoctorado en la Universidad Superior de Guadalajara. Publicaciones recientes: Justicia*

Militar; manual de procedimiento. Editorial Libromar, 2025; El Estado Perdido, filosofía política del Estado dependiente. Santiago, Editorial Jurídica de Santiago, 2024; Epistemología del derecho. 2025, Editorial Jurídica de Santiago, 2025. Columnista de opinión en Le Monde Diplomatique, El Mostrador y diario El Desconcierto.